

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

La política en sus huesos. Valores y acción política .

Diego Daniel Roger.

Cita:

Diego Daniel Roger (2009). *La política en sus huesos. Valores y acción política. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/455>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La política en sus huesos

Valores y acción política

Diego Daniel Roger

RESUMEN

El trabajo revisa las relaciones que se establecen entre política y valores, explorando la influencia de estos en el accionar propio de aquella. Para ello se parte del análisis de la política en cuanto tal y sus fundamentos, su imbricación con valores en cuanto presupuestos y la efectividad de estos en cuanto visiones del mundo. Así, el trabajo revisa las relaciones entre estos elementos, proponiendo su articulación a partir de reconceptualizar a la política como una praxis que se relaciona con ethos.

Todo tiene su punto de partida. Desde la biblia ya se nos dice que en el principio hubo algo, sea esto el verbo o la acción. A nuestros fines, verbo y acción, se nos presentan como las dos formas centrales de lo político, pues la palabra profiere en el ágora lo que el cuerpo va a fijar con sus actos.

La política, existente en cuanto medio para ordenar los asuntos comunes de las más diversas comunidades, tiene su raigambre en la inexistencia de metalenguaje. Sin la posibilidad de enunciar desde un punto de vista supra social o cero lo que acontece en la sociedad, desaparece la posibilidad de univocidad en lo que atañe a lo humano, al menos claro, en términos de su posibilidad de acontecer, más allá delo que se empeñe el desear.

La diversidad, expresada en múltiples puntos de vista desde los cuales abordar lo comunitario, preña la vida del hombre de la necesidad de política, a la vez que inaugura la senda del totalitarismo como utopía latente de la política, ya que ha de existir la posibilidad fantasmática de una sociedad cerrada y completa en sí misma para que no emerja como factum la imposibilidad misma de la sociedad.

De ello se sigue que la política en cuanto práctica, mana de la diversidad y es su expresión en la resolución de diferendos mediante algún tipo de compromiso. Por tanto la política se excluye lógicamente con la violencia, ya que cuando esta acontece, continuando a la política por otros medios, se expresa abiertamente la pretensión de que prevalezca una posición por encima de otra en términos absolutos, inaugurando así lo bélico como medio para saldar diferendos.

Pasada la guerra, la política retoma el centro de la escena, pero desplegada ahora en un equilibrio dado, volviendo los sujetos a accionar en la arena política parcialidades, encarnadas en un punto de vista, **valores** diremos, que son ofrecidos a otros sujetos como principios.

Un principio es aquel enunciado que oficia como cimiento de una construcción de sentido, por ende es el espacio sobre el cual se elaboran visiones del mundo, diagnósticos, y los planes para accionar sobre él. Es entonces, el punto desde el cual es posible elaborar una serie, ya que dando su sentido por supuesto, define el campo sobre el cual se va a serializar o adjetivar.

Como principio entonces, se ofrecen valores en la política, pues en tanto que actividad social por excelencia, necesita de las certezas para tejer su efecto, y el valor es una certeza osificada que obtura la fuga del sentido hacia atrás. Así, juzgar algo por firme base desde la cual edificar el mundo, es equivalente a conceder que se considera justo o apropiado tal o cual ordenamiento social.

De ello se puede apreciar que los valores tienen entonces una dimensión o relevancia social nada

despreciable a la hora de desprender consecuencias, ya que de ellos se derivan distribuciones de palabras, personas y cosas bajo el sol.

En tal sentido, la lectura que Deleuze hace de Nietzsche contribuye a iluminar la cuestión. Siguiendo a Deleuze en su lectura de la obra nietzscheana, el proyecto más general del pensador alemán consiste en introducir en la filosofía los conceptos de sentido y valor. Éste último sobre todo tiene una relevancia fundamental a la hora de pensar la realidad social, más aún si lo hacemos desde una perspectiva que trata de extraer las implicancias del valorar para el actuar.

Ya que aceptar algo como válido, es decir que tiene valor, implica darle entidad de verdad, y por ende elevarlo a la categoría de fundamento, resulta necesario para nuestra tarea rastrear la efectividad que se articula en los valores en tanto condensados de relaciones sociales.

En este sentido, Deleuze en su lectura de la obra de Nietzsche nos señala que:

“El concepto de valor, en efecto, implica una inversión *crítica*. Por una parte, los valores aparecen o se ofrecen como principios: una valoración supone valores a partir de los cuales ésta aprecia los fenómenos; son los valores los que suponen valoraciones, “puntos de vista de apreciación”, de los que deriva su valor intrínseco. (...). Las valoraciones, referidas a su elemento, no son valores, sino maneras de ser, modos de existencia de los que juzgan y valoran, sirviendo precisamente de principios a los valores en relación a los cuales juzgan. Esta es la razón por la que tenemos siempre las creencias, los sentimientos y los pensamientos que merecemos en función de nuestro modo de ser o de nuestro estilo de vida. (...). He aquí lo esencial: lo alto y *lo bajo*, *lo noble* y *lo vil*, no son valores, sino representación del elemento diferencial del que deriva el valor de los propios valores.”

Al plantear en la filosofía el problema de la creación de los valores, Nietzsche introduce el problema del poder, ya que ellos, en cuanto obra, están atados a la perspectiva vital de su creador, que en cuanto impulsor de los mismos se erige en voluntad activa de una visión del mundo.

Un valor en cuanto tal –la cultura del trabajo pongamos-, considerado como representación de un elemento diferencial del cual deriva su valor, no es otra cosa que una posición vital, una forma de ser. Por tanto lo que se considera como vil en relación a él (pongamos la haraganería) viene a representar aquello que se opone a esa forma, en el modo de no serle conveniente para su

preservación o reproducción. Por tanto, esta no conveniencia, expresa una oposición a cierto ethos, el cual a su vez pone en juego al sujeto, ya que el buen vivir lo es siempre para alguien.

En este punto aparece plenamente visible el valor como expresión de poder, ya que al no ser sin sujeto, el ethos expresa lisa y llanamente la posición y pretensión de poder de aquel que sostiene al valor en cuanto visión del mundo.

Dado que tal visión no actúa en el vacío, se contrapone a otras, sosteniéndose en tensión con aquellas con las que compete y combate, hay poder en juego, lucha por él, resultados obtenidos a partir de él, consecuencias de su aplicación, o sea, efectos de poder. Lo que deviene del uso de valores es entonces, un efecto de poder, que aunque presente diluidas por el tiempo las huellas de su emergencia y preponderancia, no dejan de ser actual en cuanto a su acontecer.

¿Qué es lo que no deja acontecer? Pues si se trata de aplicar un valor heredado, lo que no deja de acontecer es la valoración de la cual procede el valor del valor, la forma de ser que ha sido considerada superior o mejor a otra. O sea, no deja de actualizarse una determinada manera de ser que implica hacer que la vida funcione de un modo particular, poniéndola en relación a principios que pueden serle auspiciosos o negarla.

Ahora bien, considerar algo provechoso, y a partir de ello establecer lo que no es provechoso, crea valor, o sea, ofrece principios desde los cuales elaborar la arquitectura de la vida. La secuencia es la siguiente: se es de determinada manera (se existe de un peculiar modo), a partir de ello se declara despreciables otras formas de ser, que se contraponen a esta forma. El saldo, un valor: Es bueno vivir de tal manera (lo contrario es malo despreciable) Valoración, es mejor tal forma de ser en relación a otra.

De esta manera de una evaluación de una situación existencial surgirá una disposición ante la vida, de ella se establecen diferencias, que expresadas en distribución de seres y acciones dan lo bajo y lo alto. Por ende es la evaluación la que establece diferenciaciones en la masa informe del mundo, es con esa cuña que se abren fisuras en la realidad, y es por ella donde los valores se filtran al mundo.

Pasemos a revisar un ejemplo en el que desde un valor se funda un sistema.

DESCARTES Y LA CERTEZA DESDE LA QUE ES POSIBLE LA DUDA.

Cogito, ergo sum. Dado el pensamiento, lo demás viene después, es él entonces, a nivel del ser, la primera evidencia. Pero, puestos en la senda de la duda cartesiana, ¿Por qué es primera evidencia, que hay en ella que atestigua algo del orden de lo valedero?

Pues ni más ni menos que la prueba de una potencia, de una luz diferente a la que emana de la sencilla y despojada vida, pues es evidente que Descartes no deduce de la vida la existencia, aunque aquella sea condición de esta. Hay sin lugar a dudas, un plus, un elemento que para el filósofo francés marca diferencia, y eso es la cosa pensante, pues parece que la materia, lo extenso, en sí no hace prueba de existencia en sí misma si no fuera por ese sentir que es un pensar.

Si se trata de un diferencial, es sin duda la oposición que se establece entre res cogita y res extensa, o entre lo pensante y lo que no lo es. Así definido, el atributo de pensante, que se le asigna a la cosa, vale por sí mismo como evidencia, pues el sujeto que ha llevado adelante el razonamiento atribuye en su evaluación a lo pensante una valoración superior a lo no pensante en tanto que es capaz de desplegar la potencia de la verdad.

Ahora bien, esa valoración de lo pensante, del percibir claro y distinto que se piensa, es un privilegio que no extrae su status del razonamiento, sino mas bien es el razonamiento el que arroja luz al existir. De ello se sigue que en el pensar, se reconoce una potencia superior que a la de lo extenso, ya que Descartes remite con la duda hasta aquello que lo detiene en su remisión, y esto no es precisamente la materia, sino una operación del espíritu, el pensar que existe en acto, y que es tomado por el hueso de lo real.

Y esa valoración del pensamiento como potencia capaz de atestiguar de la existencia, deriva de atribuir al sujeto un rasgo en el que resuena el peso de la verdad, algo que es propio del ser del cual deriva su existencia, el dios que según Descartes existe.

Se sigue que sin la aceptación del supuesto que valora a lo pensante como prueba necesaria y suficiente de lo afirmado, no hay posibilidad de afirmar la existencia, claro está, en el sistema cartesiano.

En consecuencia, en tal sistema, el pensamiento como evidencia primera sólo puede serlo a condición de que se lo aceptara previamente como tal, y eso sólo se puede derivar de su valoración

positiva, como un atributo digno de demostrar la verdad de la existencia. Esto, deviene de una visión teísta, que concibe un ser perfecto, cuya perfección exige que sea expresada en la forma de la comprensión total, y por supuesto, la existencia, a la vez que de un profundo desprecio por lo corporal en favor de lo espiritual.

El valor pensamiento es el punto cero de la especulación de Descartes, de él parte la serie que lo llevará a afirmar la existencia como una certeza, libre de toda duda, pero también es punto de arranque de la reflexión, pues quien se permite dudar es un pensar en acto, que arrojado a la tarea de buscar un fundamento, apela a su propio prestigio para revestir de legitimidad profana a aquello que aparece suspendido en el tiempo (la existencia) una vez que sustraemos a dios del medio.

El paradigma cartesiano es una forma de las posibles con las cuales se pueden establecer aproximaciones al farrago de lo Real, pero indefectiblemente, más allá de la aproximación que se realice, los problemas o alternativas a resolver en la aproximación van a quedar definidas por el marco de la aproximación. No es posible pedirle a Descartes que considere una solución a un problema por fuera del marco de la racionalidad, como no es posible discutir la igualdad con un ateniense de la época clásica en términos de universalidad.

Por ende, los términos en los que se discute la igualdad en la antigüedad y en la modernidad varían substancialmente, al punto de ser dos discusiones completamente diferentes e inconmensurables, ya que los ámbitos sobre los cuales están circunscriptos los conflictos difieren en la raíz de sus valoraciones y principios.

La vida de un sujeto que se apropia de ciertos valores se va a ver afectada por ellos, y en un sentido más fuerte, condicionada por las alternativas que recortan para encarar la solución de problemas diversos, se trate éste de una relación de pareja o la construcción de una alternativa política. Ahora bien, la política en cuanto práctica, ¿es libre de estos constreñimientos?

Sin duda para responder es preciso contar con una definición operativa de la misma, lo cual equivale a dar una respuesta por su univocidad o multiplicidad a lo largo de la historia.

LA POLÍTICA EN CUANTO TAL

Después de océanos de tinta derramados en su derredor parece que definitivamente no hay un concepto que genere consenso para aprehender a lo político en cuanto ser, por lo cual, ya a esta

altura de la historia, sigue apareciendo el significante ligado a una multiplicidad de prácticas dadas a lo largo de la historia.

Ahora bien, si no es posible pensar en una visión normativa de la política que dé cuenta de su extensión histórica, ¿es posible ensayar algún otro tipo de definición, que sin enredarse en infinitas adjetivaciones articule algo que le es propio?

Creemos que sí, y en este punto, lo propio de la política está ligado a la acción en su relación con la teoría, por lo cual, siendo más rigurosos, podemos afirmar que ella es propiamente hablando, una acción que pone al hombre en condiciones de tratar lo Real por lo Simbólico, o sea, una praxis.

Esta peculiar praxis que es la política, se caracteriza por relacionarse con el mundo a partir del ethos del sujeto que la practica. Dicho en forma esquemática, la política puede ser concebida como aquella *praxis que se caracteriza por posicionar su ser y discurrir en función de un (o más de un) ethos*.

Por tanto en la política interviene la representación de órdenes sociales como base de la acción, ya que el sujeto destila sus posibilidades y cursos de acción en función de lo que asume como verdadero, y por ende, investido de algún nivel de entidad que le otorga valor como realidad.

La normatividad que el sujeto político aplica en su práctica, emergente en la forma que le da a la misma, los cursos de acción que adopta, los medios de los que se vale para obtener fines y la forma del uso del poder que hace, configuran un nosotros en cuanto ser de las cosas. Así el ethos del mundo, presupuesto en la forma de actuar del practicante en cuestión, emerge como la materia y forma de su praxis, pero si tal presunción constituye el trasfondo sobre el cual el sujeto teje su praxis, es imperativo preguntarse por su procedencia, pues de él deriva la validez de lo actuado.

Por un lado, los valores, en cuanto residuo de lo preterido, aparecen imbricados en el núcleo mismo de lo social, desarrollando su potencia por la vía de la fantasía, que en cuanto tal sostiene al sujeto al permitir la posibilidad de la articulación del deseo. Por otro, el goce implicado en la misma imposibilidad de lo social, en su radical dislocación, sostiene al ethos como lo permanentemente amenazado, siempre allende del deseo.

Si observamos a los valores como emergente sintomático de lo social, como la forma de articularse de la cultura política, se aprecia que en su sobre-determinación remiten a múltiples puntos de

acolchado ideológicos, a la vez que en cuanto no pensado son actuados, es decir, estructuran el espacio simbólico del actuante, estableciendo para lo real del mundo determinados cánones de procedimientos y acciones.

Por ende, los valores son en la medida que permanecen ausentes de cuestionamiento, fantasías ideológicas que velan la falta en el otro, o si se prefiere en otros términos, ocultan la inconmensurabilidad del mundo y su potencia para roer nuestra existencia. Por ende, para la política, en el principio es la falta.

Bibliografía

- Aristóteles: Ética a Nicómaco. Alianza Editorial, España, 2005.
- Deleuze, Gilles: Nietzsche y la filosofía. Editorial Anagrama, Barcelona, 1998.
- Deleuze, Gilles: Lógica del sentido. Editorial Nacional, Madrid, 2002.
- Descartes, René: Discurso del método. Meditaciones metafísicas. Terramar Ediciones, Buenos Aires, 2005.
- Freud, Sigmund: Obras Completas. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2007.
- Goethe, Johann W: Fausto, Ediciones Cátedra, Madrid, 1997.
- Lacan, Jacques: El Seminario VII. La ética del psicoanálisis. Editorial Paidós, Buenos Aires, 2003.
- Lacan, Jacques: El Seminario XI. Los Cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Barral editores, España 1977.
- Laclau, Ernesto y Chantal, Mouffe: Hegemonía y estrategia socialista. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2004.
- Miller, Jacques-Alain: Matemas I. Manantial, Buenos Aires, 1999.
- Miller, Jacques-Alain: Matemas II. Manantial, Buenos Aires, 2003.
- Nietzsche, Friedrich: La genealogía de la moral. Alianza editorial, Buenos Aires, 1998.
- Nietzsche, Friedrich: La voluntad de poder. Editorial EDAF, España, 2004.
- Žižek, Slavoj: El sublime objeto de la ideología. Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2003.
- Žižek, Slavoj: Porque no saben lo que hacen: el goce como un factor político. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1998.